

que muchas jóvenes, aun nobles y prendadas, le presentaban la ocasion y le ponian en grandes aprietos.

Como Bernardo habia sido educado en mucha virtud, y la gracia poseia su corazon, salia immaculado de todos estos riesgos; pero no queriendo mantenerse en el peligro, tomó la heróica resolucion de abandonar su casa y todos los encantos del siglo é irse á sepultar en un desierto, donde su virtud encontrase la seguridad que faltaba en las poblaciones. Para el efecto escogió la nueva reforma de monges del Cister, cuya regla era extremosamente austera y de excesivas penitencias. Como era tan zeloso, el bien que pretendia para sí, deseaba que le lograsen, si posible fuera, todas las almas; y fué tan eficaz en este intento, que de luego á luego ganó para Dios treinta caballeros de las principales familias, incluso en este número seis hermanos suyos. Ganó tambien á su tio el señor de Tuli, y á otro caballero llamado Hugo, que despues fué obispo. A raro jóven hablaba que no se sintiese luego movido á huir del mundo y vivir en soledad; tanto, que cuando aparecia Bernardo, las madres escondian á sus hijos para que no les hablase y los conquistase con su elocuencia y con su gracia.

Reunidos todos los que quisieron seguirle, se dirigió con ellos al Cister, donde fué recibido con el mayor aprecio del abad San Estevan. Todos tomaron el hábito y profesaron, siendo tanto el fervor de San Bernardo, que muy pronto aventajó aun á los mas aprovechados, y la fama de su virtud corria por todas partes, haciendo tantas conquistas, que no bastando el monasterio á tantos pretendientes, fué necesario enviar á muchos de ellos á poblar otros desiertos, y el mismo San Bernardo fué enviado por

el abad á fundar una tercera colonia en Claraval. San Bernardo crecia cada dia mas en santidad y ciencia: vivia entregado á la oracion, al estudio, al gobierno de su monasterio, al ayuno y á la mortificacion, de modo que en pocos años se hizo no solo un santo, sino un gran padre y doctor de la Iglesia, á la que ilustró mucho con las devotísimas y sapientísimas obras que escribió y que le han merecido ser declarado, pocos años há, doctor de la Iglesia.

Tal era el hombre que Dios empleaba para el alivio y bien de ésta en aquellos calamitosos tiempos. Con su penetracion y buen juicio fácilmente distinguió quién de los dos electos debia ser tenido por verdadero y legítimo papa, y trabajó tanto con los obispos y los reyes, que, como hemos visto, el triunfo de Inocencio fué seguro, y el antipapa no tuvo más apoyo que el del bárbaro Rogerio. Intentaba éste, á la muerte de Pedro de Leon, continuar el cisma, haciendo elegir otro antipapa; pero Bernardo se presentó á éste y le habló con tanta solidez y energía, que le hizo ceder de su depravado intento, dejando luego la usurpada tiara.

Inocencio II convocó y presidió un concilio general en Roma, que fué el décimo ecuménico y segundo de Letran. En él se promulgaron treinta cánones, entre los que fué uno el que prohibió de nuevo los torneos; otro que prohibe á los legos la posesion de los diezmos eclesiásticos; otro que arregla la eleccion de un obispo, ordenando que no hiciesen solos los canónigos la eleccion de su obispo, sino que esperasen el consejo ó consentimiento de los hombres religiosos, esto es, de los monges y de los canónigos reglares.

P. ¿Quiénes fueron los sucesores de Inocencio II en el pontificado?

R. Del año de 1143 al 1198, fueron electos canónicamente Celestino II, Lucio II, Eugenio III, Anastasio IV, Adriano IV, Alejandro III, Lucio III, Urbano III, Gregorio VIII, Clemente III, Celestino III é Inocencio III, y en un largo cisma se contaron cuatro antipapas en el espacio de veinte años.

P. ¿Quiénes de estos papas se distinguieron mas por su sabiduría y su virtud?

R. De Inocencio II se celebra la prudencia con que se condujo en lo mas del tiempo de su pontificado: hácia los fines de él se excedió en el rigor y cometió tambien la imprudencia de exponerse al peligro en la guerra contra Rogerio, rey de Sicilia, pues este le hizo prisionero, aunque á poco tiempo le puso en libertad, le pidió perdon y celebró con él un tratado de paz.

De Eugenio III se celebra la austeridad de vida monástica que llevó en su pontificado. Inocencio III tambien es celebrado por su vida espiritual y devota, y todos en general sostuvieron el decoro y dignidad de la Santa Sede, padeciendo mucho algunos de ellos, especialmente Alejandro III, cuyo pontificado, que duró desde 1159 hasta 1181, fué turbado por el funesto cisma que hemos dicho.

P. ¿Cuáles habian sido las turbulencias que agitaron á los papas sus predecesores?

R. En Roma las que excitaron por muchos años Arnaldo de Brescia y el partido que se formó para restablecer la república, reedificar el Capitolio, instalar el senado y el órden ecuestre, y quitar el gobierno de Roma al papa, dejándole únicamente la jurisdiccion eclesiástica. Los ro-

manos se dejaron seducir de esta perspectiva alucinadora, y dejándose llevar de un ímpetu ciego, abolieron toda autoridad, derribaron las torres de los señores mas ilustres y las casas, de los cardenales, acompañando estas violencias con el pillage y la rapina, de modo que la ciudad entera fué presa de los facciosos. Esto obligó á Eugenio III á salir de Roma y situarse en Viterbo, y á poco mas á partir á Francia, de donde no regresó hasta el año 1148, en que habia calmado un poco el movimiento en Roma. Las maniobras de este partido y sus escenas duraron largo tiempo.

De parte del emperador de Alemania, Federico Barroja, fué mucho lo que padeció la Iglesia y sus pontífices, especialmente Alejandro III. Fué aquel príncipe inquieto y atrevido: disgustado de la paz que Adriano IV habia celebrado con Guillermo, rey de Sicilia, prohibió á todos los eclesiásticos del imperio dirigirse jamas á la corte de Roma bajo ningun pretexto. El papa le escribió reclamando esta disposicion arbitraria é irracional, y Federico se indignó aun mas y á poco tiempo se puso en marcha para Italia á la cabeza de su ejército; mas llegado á las cercanías de Ausburgo, le encontraron los legados del papa que le satisficieron sobre las expresiones de la carta que le habia enardecido, y la cosa calmó por entonces.

A poco mas, Federico se atrevió á proveer el obispado de Ravena, y esto dió motivo á contestaciones muy acaloradas entre el papa y el emperador. En esto murió Adriano, y le sucedió Alejandro III, cuya eleccion fué turbada por el cisma que ya hemos insinuado. El competidor de este, que verdaderamente fué el antipapa, era el cardenal Octaviano, quien supo grangearse la voluntad de Federico, al paso que Alejandro se la enagenó

aun mas por la noble dignidad y firmeza apostólica con que rehusó comparecer ante un concilio que el emperador de propia autoridad dispuso se convocase en Pavia para fallar sobre la legitimidad de la eleccion entre él y Octaviano. A la audacia despótica y atentatoria de Federico, correspondió la debilidad de los obispos que concurrieron á aquella asamblea, y falló ésta en favor del antipapa Octaviano, condenando á Alejandro. El emperador aprobó la sentencia, y él mismo entronizó á Octaviano y publicó un edicto en Alemania é Italia mandando reconocer á Octaviano, bajo la pena de destierro perpetuo á los obispos. Alejandro, como era natural, excomulgó al emperador y á los que le siguiesen en el cisma. Inglaterra y Francia, con otros soberanos, reconocieron á Alejandro como papa legítimo, y el cisma se declaró, causando gran turbacion en el orbe cristiano. Sin embargo, la fuerza de la verdad y de la razon triunfó, y la Iglesia toda, á excepcion de Alemania, reconoció á Alejandro como único papa legítimo. Una de las clases que mas determinó la opinion fué la del orden del Cister, que contaba mas de setecientos abades de otros tantos monasterios y una multitud innumerable de monges: habia tambien del orden varios obispos en diversas iglesias. Este orden, pues, y á su ejemplo otras muchas comunidades reconocieron á Alejandro. Desesperado entonces Federico, apeló á la fuerza de las armas: marchó á Italia y tomó á Milán, cuyos principales monumentos saqueó, sin perdonar las iglesias. Esta violencia obligó al papa á salir de Roma y dirigirse á Francia, de donde volvió á los tres años y medio por haber muerto el antipapa Octaviano; mas apenas llegó y fué recibido entre las aclamaciones del pueblo, cuando se halló infestada de

nuevo la Italia por las tropas del emperador, quien habia hecho elegir otro antipapa y se adelantaba con el resto de su ejército á poner sitio á Roma. Alejandro, no obstante, se mantuvo en la capital, y el pueblo le fué fiel; pero desgraciadamente fué derrotado por el emperador el ejército romano que sostenia á la ciudad sitiada. A pesar de esto, resuelto el papa á defenderse, despidió dos galeras que le enviaba el rey de Sicilia para que se escapase, y se continuó en la resistencia á los ataques de Federico; pero introduciendo éste pláticas entre el pueblo para seducirlo, el papa no quiso ya fiarse de su lealtad, y salió de Roma disfrazado de peregrino con varios cardenales que quisieron seguirle.

El triunfo de Federico fué efímero y momentáneo, porque Dios le castigó allí mismo con una mortandad espantosa en su ejército, que lo obligó á huir precipitadamente con el resto; mas tan disminuido, que corrió mucho riesgo al paso de Lombardía para Alemania, y solo pudo salvarse á fuerza de astucias y promesas fingidas.

En 1176 volvió el emperador á tomar las armas y cayó sobre el territorio de Milán, donde lo llevó todo á sangre y fuego; mas pagó tambien este injustísimo estrago, pues los milaneses reunieron sus fuerzas y Dios les dió la victoria: á Federico le mataron el caballo, y su ejército fué completamente derrotado. Este golpe abatió su orgullo y templó su ferocidad; mucho mas cuando vió que los suyos trataban de abandonarle si no hacia las paces con la Iglesia. Resolvióse entonces y envió á tres obispos con el prototario del reino de Alemania á buscar á Alejandro para manifestarle la disposicion en que se hallaba de ajustar la paz y someterse á la Iglesia. El papa admitió la pláti-

ca y á los embajadores que en seguida le envió el emperador. Este, no obstante, dilataba las negociaciones con ánimo sin duda de evadirse del compromiso en que se había puesto; pero sus mismos embajadores le declararon que su potestad no se extendía á las almas, y que ellos no habían de faltar á los juramentos que en su nombre habían hecho ante el papa. Rindióse entonces Federico, y se avino á la entrevista con el papa y á todos los pasos necesarios para su reconciliacion con la Iglesia.

Desembarazado el papa de este cuidado, y vuelto á Roma, reunió un concilio general, al que concurrieron trescientos dos obispos: es el tercero de Letran, y se abrió el 5 de Marzo de 1177: promulgó veintisiete cánones, siendo uno de ellos el que anatematiza á los hereges albigenses, de los que hablaremos adelante. Arregladas así las cosas de Occidente, el papa convirtió su atencion al socorro de la Iglesia de Oriente y del desgraciado reino de Jerusalem, que se hallaba á punto de perderse; mas para que podamos hablar de esto, es menester tomar la narracion desde los principios del siglo, dando lugar á la segunda cruzada, que predicó San Bernardo.

Habia sucedido en el imperio de los sarracenos una mudanza muy notable, pues sin dejar de existir, ni mudar de religion, ni disminuir de potencia, se hallaba con otra nueva nacion á su cabeza. Ya hemos ido viendo que al mahometismo, y al cuerpo de este imperio, habían ido entrando otras razas de la Asia y de la Africa, como era una de ellas la de los moros, procedentes de la Mauritania. De la misma manera habia aparecido, á mediados del siglo anterior, la de los turcos. Era ésta de los hunnos, nacion populosa y libre que se habia criado en las fronteras

de la Tartaria; y despues que con irrupciones y correrías se habian hecho formidables á las provincias vecinas, llegaron á arrojarse sobre la Armenia y se apoderaron de ella. En seguida vinieron á las manos una y otra vez con el ejército romano, esto es, del imperio de Oriente, y lo vencieron. Viendo luego que entre los sarracenos habia guerra y tumultos, se aprovecharon de la desunion y los vencieron, haciéndose dueños de la Persia. Mezclados los turcos con los sarracenos, llegaron á abrazar el mahometismo, y como en la última guerra hubiese muerto el gefe ó caudillo de los sarracenos, se alzó el de los turcos con el imperio todo, bajo el título de sultan, que quiere decir *rey de reyes*. A la sazón que esto pasaba entre ellos fué la expedicion de la primera cruzada, lo que dió causa á que sus ejércitos se batieran con turcos, con tártaros y con sarracenos.

Apenas establecido el reino de Jerusalem, el sultan de Egipto, viendo que el ejército de los cristianos se habia reducido á solo veinte mil hombres, juntó un ejército muy numeroso y vino sobre el nuevo rey para recobrar la ciudad; pero Godofredo, confiando en el auxilio divino, y alentando á los suyos con esta esperanza, le embistió con tanto brio, que destrozó lo mas florido de sus tropas, quedando tendidos en el campo de batalla mas de cien mil sarracenos.

P. ¿Qué tiempo duró el nuevo reino de Jerusalem?

R. Solo ochenta y ocho años. En el de 1140 el reino de Jerusalem se hallaba en gran peligro de volver á caer en manos de los infieles, los que se habian apoderado de la ciudad de Edesa y hecho una horrible mortandad en los cristianos. El rey de Jerusalem pidió socorro á los

príncipes de Occidente, y el papa procuró encender en el corazón de los cristianos aquel mismo ardor que Urbano II había logrado inspirarles para la primera cruzada. Escribió al rey de Francia para el efecto, y ordenó á San Bernardo que predicase la cruzada, como lo hizo con la mayor eficacia en Francia y en Alemania. Gran multitud de señores pidió la cruz, y de todas partes se presentaron á formar el ejército los mas animosos. El emperador Conrado tomó la vanguardia, y le siguió el rey de Francia: el ejército alemán se componia de setenta mil caballeros cruzados, sin contar la caballería ligera y la infantería, que era innumerable: no era menos considerable el ejército de Francia, y ambos se pusieron en marcha con algunos dias de diferencia.

P. Tan numerosos ejércitos, dirigidos de sus mismos soberanos y provistos sin duda de todo lo necesario, debieron hacer grandes conquistas en Oriente y debilitar mucho el Imperio Ottomano.

R. Así debió haber sido; pero desgraciadamente se frustró esta gallarda expedición por la traición de Manuel, emperador de Constantinopla. Este príncipe temió que los reyes europeos cobrasen tanta pujanza en el Oriente, que peligrase al fin su propio imperio: poseído de esta vil desconfianza, trató de hacerlos perecer; y como Conrado y Luis le pidiesen guías que los condujesen en aquellos países desconocidos para ellos, Manuel se aprovechó de esta circunstancia y les dió guías infieles que los condujesen á los desiertos de la Asia, donde cayeron en manos de sus enemigos, sufriendo una mortandad espantosa. Sin embargo, el emperador Conrado y el rey Luis pasaron con gran trabajo hasta la Siria y formaron el sitio de Da-

masco; pero como sus ejércitos estaban tan disminuidos, no pudieron tomar la plaza y se vieron precisados á volverse á Europa.

A esta desgraciada expedición se siguió pocos años después otra, que dirigió en persona el emperador Federico Barbaroja, quien pasó á la Palestina con ciento cincuenta mil alemanes; y habiéndose avistado con los ejércitos de Saladino, lidió con ellos y consiguió ventajas muy gloriosas; pero desgraciadamente este príncipe murió ahogado en un río en que quiso bañarse, y su ejército, menoscabado y con gran trabajo, llegó á Europa.

Tales habían sido las empresas de los príncipes de Europa en el Oriente, cuando un accidente desgraciado aceleró la pérdida de la ciudad santa. En la primera cruzada no solo se había formado el reino de Jerusalem, sino los Estados de Antioquía y Cesarea, quedando á la cabeza del primero Bohemundo el Normando, y á la del segundo, Raimundo, conde de Tolosa. Hacia los años en que vamos, Reginaldo, príncipe de Antioquía, irritó el ánimo de Saladino, sultán de Egipto, por haberse echado sobre una comitiva de turcos que sin hacer mal caminaba por la Siria. Saladino se armó y marchó contra Reginaldo. Como estuviesen desavenidos Güido de Lusignan, rey de Jerusalem, y el conde de Trípoli, no pudo mantenerse reunida toda la fuerza que se opuso á Saladino, pues en medio del combate abandonó el conde de Trípoli el campo cristiano, y se pasó al ejército de Saladino con las fuerzas que le seguían. Sucedió entonces lo que era natural; se alentarón los turcos y desmayaron los cristianos: Reginaldo fué muerto en medio de la acción por mano del mismo Saladino, y Güido de Lusignan no

pudo ya sostener el combate; sus tropas quedaron completamente derrotadas, y él mismo prisionero de Saladino. Esta victoria puso en manos del monarca turco toda la Palestina: apoderóse luego de Ascalon, puso sitio á Jerusalem y con poco esfuerzo se enseñoreó de ella á 2 de Octubre de 1187.

La pérdida de Jerusalem contristó á toda la cristiandad; la pesadumbre sola llevó al sepulcro al papa Urbano III, y sin necesidad ya de que se excitase á los príncipes, ellos solos se pusieron en movimiento y tomaron las armas para ir á recobrar la ciudad santa, mucho mas cuando urgía sobremanera sostener las ciudades de Antioquía, Tiro y Trípoli, que aun habian quedado á los cristianos, y castigar la audacia de Saladino, que se gloriaba no solo de su triunfo, sino de que hubiese caído en su poder la sacrosanta cruz de Jesucristo, que los cristianos habian llevado á la batalla.

Convenidos, pues, los reyes de Inglaterra y de Francia, que lo eran Ricardo y Felipe Augusto, se embarcaron cada uno con su ejército, y dieron la vela á Palestina. Felipe Augusto llegó primero á la Palestina, y se unió á los cristianos que habian puesto sitio á la ciudad de Acre. Llegó despues Ricardo con su armada, y estrechándose el sitio, lograron hacerse de la plaza, que se rindió por capitulacion: uno de los principales artículos de ésta, fué que sería restituida á los cristianos la cruz del Salvador.

Habiendo sido tan feliz el principio de esta guerra, se esperaba que los reyes unidos harian nuevas conquistas; pero desgraciadamente se separó de la empresa el rey de Francia por disgustos que habia recibido del de Inglaterra. Sin embargo, para que no se le tuviese á mal haber abandonado á Ricardo, le dejó diez mil hombres de infantería

y quinientos de caballería, con todo el dinero necesario para mantener estas tropas por el espacio de tres años. Ricardo quedó solo en Palestina con un ejército bastante fuerte para formar cualquiera empresa grande; y tanto esto, como los brios de la juventud, lo grandioso del objeto y la expectacion en que tenia esta guerra á todo el orbe cristiano, lo empeñaban y comprometian demasiado para que aplicase el mayor esfuerzo al logro del objeto. Formó en efecto su plan y se dirigió á Jerusalem. Saladino, que se habia encerrado en ella con cincuenta mil hombres, salió á su encuentro y le presentó la batalla. Ricardo, que la buscaba, se alegró de venir á las manos con el enemigo á campo raso, y él y sus tropas pelearon con tanto ardor, que lograron romper á Saladino, ganándole completamente la batalla. En estos momentos críticos y preciosos se hubiera apoderado de Jerusalem si hubiese seguido el consejo que le daban de marchar inmediatamente sobre ella; pero le sucedió lo que á Annibal cuando ganó la batalla de Cannas cerca de Roma: la falta de una resolucion pronta, hizo que uno y otro general en sus casos perdiesen aquellos momentos críticos, y que cuando intentasen seguir el consejo, ya no fuese tiempo: Annibal sitió á Roma; Ricardo á Jerusalem; pero la fortaleza de estas grandes ciudades, y el estado de defensa en que las habian puesto sus defensores, hicieron inútiles los esfuerzos de estos caudillos. En vano dió Ricardo fuertes y repetidos asaltos á la plaza; los sarracenos los repelian con vigor, y Saladino acudia á todas partes para no ser sorprendido por alguna. Al fin Ricardo hubo de levantar el sitio, pactando con Saladino una tregua de tres años, y se volvió á Europa, dejando fortificada la ciudad de Acre, que vino á ser el refugio y asilo

de los cristianos de Oriente. Tuvo lugar esta cruzada en 1190.

A los cinco años de ella se dispuso y armó la cuarta cruzada, al mando del marqués de Monferrato y de Balduino, conde de Flandes, con multitud de caballeros distinguidos de Italia, Francia, Venecia, Flandes y otros estados, y con gran número de infantes y caballos. Convinieron en reunirse en Venecia y dirigirse por mar á Constantinopla; y hallándose en efecto en aquella ciudad esperando tiempo favorable para embarcarse, llegó el jóven Alejo, hijo del emperador de Constantinopla, á implorar sus socorros en favor de su padre, á quien un usurpador habia destronado.

Esta empresa en verdad no era el objeto de la cruzada; pero Alejo prometió tales ventajas, y de un interés tan grande para la religion, que no hubo quien no la juzgase muy propia de esta guerra sagrada, porque prometió el príncipe restablecer la union entre la Iglesia Griega y la Latina; dar al ejército descientos mil marcos de plata y víveres para un año; facilitar la conquista de la Tierra Santa, y mantener toda su vida quinientos caballeros para defensa de Jerusalem.

Resolvióse por fin la empresa de Constantinopla: llegaron los cruzados y formaron el sitio; huyó el usurpador, y coronaron al jóven Alejo, proclamándolo emperador, porque á su padre le habia sacado los ojos el usurpador. Así es que el negocio estaba hecho, y que no tenian mas que ver el cumplimiento de las promesas de Alejo y tomar el camino de Jerusalem; pero inopinadamente se tramó una conspiracion contra Alejo: uno de sus oficiales le mató á puñaladas y se hizo dueño del trono. Entonces los cru-

zados, entrando en consejo, juzgáron que no debian dejar al usurpador con el triunfo: atacaron de nuevo á Constantinopla, y la tomaron por asalto, hallándose al cabo de esta empresa con todo un imperio á su disposicion: ¿qué habian de hacer? resolvieron colocar en el trono á uno de entre ellos; y la eleccion recayó en Balduino, conde de Flandes, cuyas virtudes no han podido dejar de elogiar aun los mismos griegos. Balduino fué coronado solemnemente en la iglesia de Santa-Sofía, y tomó el título y vestiduras de emperador del Oriente, comenzando con él el imperio de los latinos en Constantinopla, que duró algo mas de medio siglo.

No podia apetecerse más: las ventajas eran conocidísimas; con este punto de apoyo, no habia mas que reponer los batallones y dirigir la marcha á Jerusalem; ¿pero qué sucedió? La codicia de los gefes lo frustró todo: pensó cada uno en aprovecharse de los despojos de aquel imperio, esto es, en hacerse de las provincias que el imperio de Oriente tenia en Europa: repartiéronselas en efecto, y ocupados en hacerse de ellas y mantenerlas bajo su dominio, abandonaron del todo la expedicion de la Tierra Santa. Hubo otro mal, y fué que la dominacion de los latinos hostigó á los griegos, que se obstinaron en el cisma, negándose encaprichadamente á la reunion de la Iglesia Griega con la Latina.

P. Segun entiendo, entre las fuerzas militares de Jerusalem se contaban los caballeros del templo ó templarios, ¿quiénes eran éstos?

R. Desde el siglo anterior habian comenzado á establecerse en la Palestina ciertos órdenes religiosos, que, por explicarnos así con San Bernardo, se hacian aptos para una y otra milicia, la espiritual y la temporal, y por consi-